



Una cuidada selección de autores colombianos  
de diferentes épocas que han pensado en los jóvenes lectores.  
Divertidas historias para disfrutar y compartir en familia.

Serie Leer es mi cuento

# ENSUEÑOS Y OTRAS FANTASÍAS



**Cuentos colombianos para niñas, niños y jóvenes**

- © Ministerio de las Culturas las Artes y los Saberes de Colombia.
- © Yolanda Reyes, Martiniano Acosta, Evelio José Rosero, Leopoldo Berdella de la Espriella, Celso Román, por los textos.
- © Santiago Guevara, por las ilustraciones.
- © 2015, Editorial Panamericana.
- © 2008, Loqueleo

MINISTERIO DE LAS CULTURAS,  
LAS ARTES Y LOS SABERES DE  
COLOMBIA

Juan David Correa Ulloa  
*Ministro*

Ángela Marcela Beltrán Pinzón  
*Directora de Artes*

Adriana Martínez Villalba  
*Directora*  
*Biblioteca Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal B.  
*Coordinadora del*  
*Grupo de Literatura*

Felipe Martínez Cuéllar  
*Asesor del Grupo de Literatura*

Diego Pérez Medina  
*Líder de Proyectos Editoriales*  
*Biblioteca Nacional de Colombia*

EQUIPO EDITORIAL

Beatriz Helena Robledo  
*Selección y asesoría editorial*

Santiago Guevara  
*Ilustrador*

Javier R. Mahecha López  
*Editor*

Camila Cardeñoso Echeverri  
*Diseño de colección*

Paula Andrea Gutiérrez Roldán  
Camila Cardeñoso Echeverri  
*Diseño y dirección de arte*

\*\*\*

Impreso en Colombia  
Enero 2024, Imprenta  
Nacional de Colombia

ISBN (Impreso):  
978-958-753-588-4  
ISBN (Digital):  
978-958

Material de distribución gratuita.  
Los derechos de esta edición, inclu-  
yendo las ilustraciones, correspon-  
den al Ministerio de las Culturas, las  
Artes y los Saberes de Colombia; el  
permiso para su reproducción física  
o digital se otorgará únicamente en  
los casos  
en que no haya ánimo de lucro.  
Agradecemos solicitar el permiso a:  
[literatura@mincultura.gov.co](mailto:literatura@mincultura.gov.co)

\*\*

- © Loqueleo, 2015, por "Frida". Cuento publicado en el libro *El terror de Sexto B*.
- © Panamericana, 2008, por "La ciudad del dragón", tomado de: *El libro de las ciudades*.



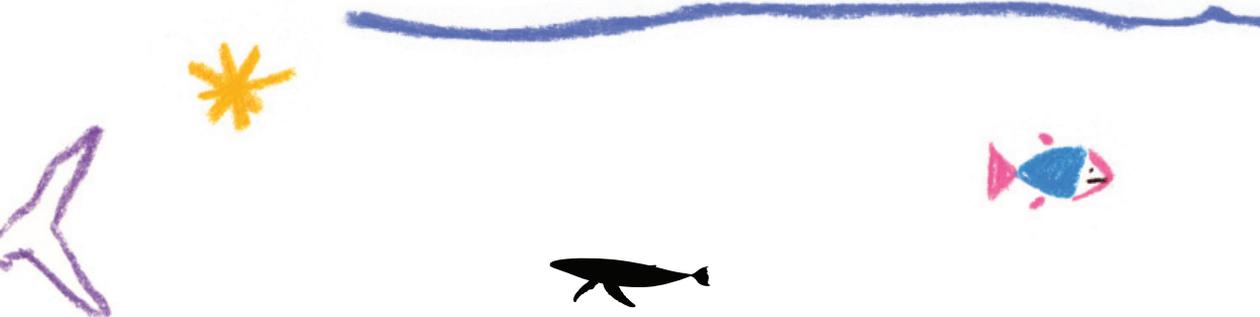
Primera edición, Bogotá, noviembre de 2023

- © 2024, Ministerio de las Culturas, las Artes y los Deportes
- © 2023 Beatriz Helena Robledo, por la selección de textos
- © 2023 Santiago Guevara, por las ilustraciones

ISBN (Impreso): 978-958-753-588-4

ISBN (Digital): 978-958-



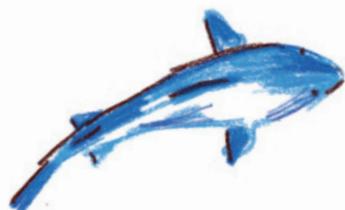


# ENSUEÑOS Y OTRAS FANTASÍAS

**Cuentos colombianos  
para niñas, niños  
y jóvenes**

Selección  
BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Ilustraciones  
SANTIAGO GUEVARA



FRIDA

Yolanda Reyes

9

CUANDO REGRESE  
DEL MAR

Martiniano Acosta

13

EL ESQUELETO  
DE VISITA

Evelio José Rosero

19



# LA CIUDAD DEL DRAGÓN

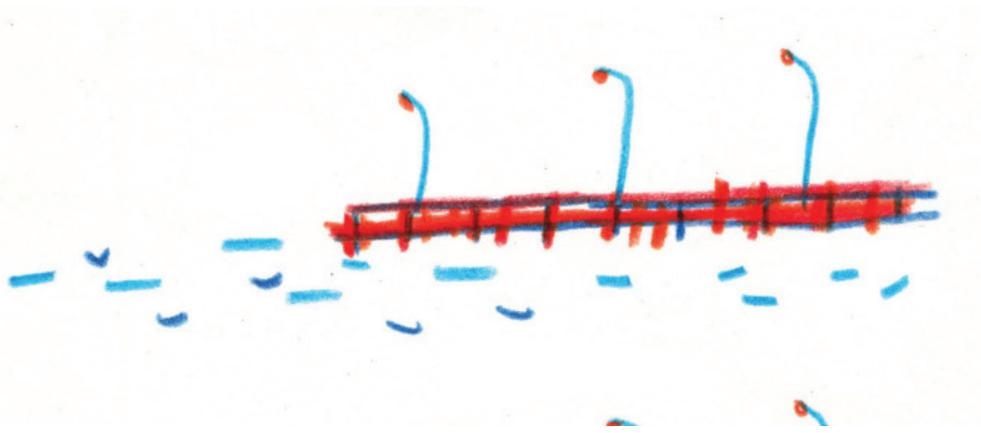
Celso Román

31

# HISTORIA DE LA NIÑA QUE QUERÍA TENER SU PROPIO MAR

Leopoldo Berdella de la Espriella

37









# FRIDA

Yolanda Reyes

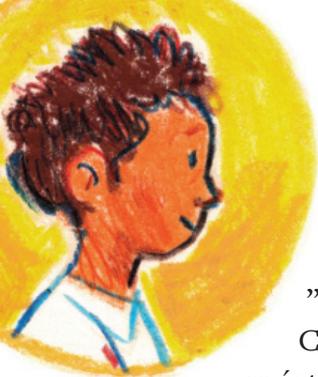


De regreso al estudio. Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones. El profesor no preparó clase. Parece que el nuevo curso lo toma de sorpresa. Para salir del paso, ordena con una voz aprendida de memoria:

—Saquen el cuaderno y escriban con esfero azul y buena letra una composición sobre las vacaciones. Mínimo una hoja por lado y lado, sin saltar renglón. Ojo con la ortografía y la puntuación. Tienen cuarenta y cinco minutos. ¿Hay preguntas?

Nadie tiene preguntas. Ni respuestas. Solo una mano que no obedece órdenes porque viene de vacaciones. Y un cuaderno rayado de cien páginas, que hoy se estrena con el viejo tema de todos los años: “¿Qué hice en mis vacaciones?”.

“En mis vacaciones conocí a una sueca. Se llama Frida y vino desde muy lejos a visitar a sus abuelos colombianos. Tiene el pelo más largo, más liso y más blanco que he conocido. Las cejas y las pestañas también son blancas. Los ojos son de color cielo y, cuando se ríe, se le arruga la nariz. Es un poco más alta que yo, y eso que es un año menor. Es lindísima.



”Para venir desde Estocolmo, capital de Suecia, hasta Cartagena, ciudad de Colombia, tuvo que atravesar prácticamente la mitad del mundo. Pasó tres días cambiando de aviones y de horarios. Me contó que en un avión le sirvieron el desayuno a la hora del almuerzo y el almuerzo a la hora de la comida y que luego apagaron las luces del avión para hacer dormir a los pasajeros, porque en el cielo del país por donde volaban era de noche.

”Así, de tan lejos, es ella y yo no puedo dejar de pensarla un solo minuto. Cierro los ojos para repasar todos los momentos de estas vacaciones, para volver a pasar la película de Frida por mi cabeza.

”Cuando me concentro bien, puedo oír su voz y sus palabras enredando el español. Yo le enseñé a decir camarón con chipichipi, chévere, zapote y otras cosas que no puedo repetir. Ella me enseñó a besar. Fuimos al muelle y me preguntó si había besado a alguien, como en las películas. Yo le dije que sí, para no quedar como un inmaduro, pero no tenía ni idea y las piernas me temblaban y me puse del color de este papel.

”Ella tomó la iniciativa. Me besó. No fue tan difícil como yo creía. Además fue tan rápido que no tuve tiempo de pensar ‘qué hago’, como pasa en el cine, con esos besos larguísimos. Pero fue suficiente para no olvidarla nunca. Nunca jamás, así me pasen muchas cosas de ahora en adelante.

”Casi no pudimos estar solos Frida y yo. Siempre estaban mis primas por ahí, con sus risitas y sus secretos, molestando a ‘los novios’. Solo el último día, para la despedida, nos dejaron en paz. Tuvimos tiempo de comer raspados y de caminar a la orilla del mar, tomados de la mano y sin decir ni una palabra, para que la voz no nos temblara.

”Un muchacho pasó por la playa vendiendo anillos de carey y compramos uno para cada uno. Alcanzamos a hacer un trato:



no quitarnos los anillos hasta el día en que volvamos a encontrarnos. Después aparecieron otra vez las primas y ya no se volvieron a ir. Nos tocó decirnos adiós, como si apenas fuéramos conocidos, para no ir a llorar ahí, delante de todo el mundo.

”Ahora está muy lejos. En ‘ESTO ES EL COLMO DE LO LEJOS’, en Suecia!, y yo ni siquiera puedo imaginarla allá porque no conozco ni su cuarto ni su casa ni su horario. Seguro está dormida mientras yo escribo aquí, esta composición.

”Para mí la vida se divide en dos: antes y después de Frida. No sé cómo pude vivir estos once años de mi vida sin ella. No sé cómo hacer para vivir de ahora en adelante. No existe nadie mejor para mí. Paso revista, una por una, a todas las niñas de mi clase (¿las habrá besado alguien?).

”Anoche me dormí llorando y debí llorar en sueños porque la almohada amaneció mojada. Esto de enamorarse es muy duro...”.

Levanto la cabeza del cuaderno y me encuentro con los ojos del profesor clavados en los míos.

—A ver, Santiago. Léanos en voz alta lo que escribió tan concentrado.

Y yo empiezo a leer, con una voz automática, la misma composición de todos los años:

“En mis vacaciones no hice nada especial. No salí a ninguna parte, me quedé en la casa, ordené el cuarto, jugué fútbol, leí muchos libros, monté en bicicleta, etcétera, etcétera”.

El profesor me mira con una mirada lejana, incrédula, distraída. ¿Será que él también se enamoró en estas vacaciones?





# CUANDO REGRESE DEL MAR

Martiniano Acosta



Ayer por la tarde me visitó el mar. Yo estaba en mi pequeño cuarto finalizando las tareas de castellano, cuando sentí algunos leves golpes, como de picotazos, en el ventanal que da a la playa. Era el mar. Se alzaba con su gigantesco cuerpo de agua, sus encajes de espumas y su inmensa mochila de peces de colores brillantes. Se elevaba para que yo le abriera. Me asaltó un ligero temor al principio, pero después cuando le observé la sonrisa líquida que me proporcionaba, me decidí a correr el pestillo de la ventana.

Le brindé con prontitud la única silla que había en mi aposento. Noté que no se hallaba tan cómodo como hubiera querido yo que estuviera. Vi que se movía de un lado para otro en el mismo lugar como cuando a una persona gorda le ofrecen un banco estrecho. Sin embargo, al rato, el mar estaba tan arrellanado como yo en el centro de mi cama, con mis piernas cruzadas, atento, aleteando mi alegría tan grande como una catedral y con los ojos abiertos y mis oídos dispuestos a escuchar la palabra quejumbrosa del mar. No muy lejos, la línea del horizonte se encontraba huérfana. Era un abismo casi ilimitado, que se iba en llanto.

En la playa solo se oía el graznar y el chillar de las aves que picoteaban o peleaban a dentelladas algún pez que flotaba en el aire triste de la tarde. Vi desde mi ventana que el sol, rojo de la ira, indagaba como un loco por el paradero del mar. Según expresó, ahora no tendría en donde mojar su cuerpo candente.

Yo sonreí con disimulo. El mar estaba en mi cuarto y era absolutamente mío. Entonces, en ese estado de silencio, pero englobado en un ambiente de profunda felicidad, el mar me comprendió y me respondió también con una sonrisa cómplice y sus ojos marinos me lanzaron algunos destellos que yo agarré enseguida.

El mar estaría conmigo hasta cuando yo quisiera. Le entendí en la mirada que él quería escapar para conversar con alguien, descansar de aquel sitio perpetuo (invivable) a donde lo había confinado una mujer de nombre Naturaleza. Su rostro mostraba ya la soledad y por eso había decidido buscar el aliento de las palabras y el calor de un amigo.

Ahora estábamos allí. Yo, para escucharle. Y él, para hablarme. Su voz de agua se regaría por todas las paredes de mi cuarto sin hacer daño alguno. Acariciaría sus manos de espumas tibias, tocaría su cuerpo verdiazul, frágil, flexible y ondeante. Le defendería de los marinos intrusos, de los pescadores dinamiteros y de los barcos que a cada noche le despiertan para usurparle las entrañas. ¡Pobrecito mi amigo el mar! ¡Me daba mucha lástima!

Le observé una tristeza larga en su rostro. Sufría en silencio. Las arrugas de su cuerpo indicaban que sentía un dolor tan grande como el del mundo y derramaba el llanto tan igual como cuando mamá me





castiga porque me porto muy mal ante las personas adultas. Se me ocurrió decirle al mar que de ahora en adelante viniera todas las veces que él quisiera a visitarme para salir a jugar fútbol o béisbol en la calle. Llamaré a Hugo, a Glenda, a José y a Linda. Yo sé que ellos se alegrarán muchísimo cuando se enteren de que vamos a divertirnos con el mar.

Entretanto el mar estaba tan triste que lo vi cómo lloriqueaba como un niño perdido y se comía las uñas. Yo insistía en saber las verdaderas razones de su tristeza y, además, de su visita. Le comentaba que cuando un amigo busca a otro es porque quiere contarle sus penas, sus problemas. Amigos sinceros son los que se ayudan sin pensar en intereses. Fue entonces cuando le pude sacar las palabras. Me contó que en sus pies han caído extensas y espesas corrientes de aguas negras que envenenan a los peces y a los erizos de mar. Que a diario un olor a podredumbre se riega por su piel líquida antes cristalina, ahora turbia. Que algunos de sus hijos y amigos (peces, estrellas de mar, erizos, pulpos, ostras, delfines, ballenas, caballitos de mar) le han abandonado para trasladarse a otros mares más lejanos y tranquilos. Ruidos molestos le han quitado el dormir y un penetrante y asfixiante olor a gasolina le ha producido escozor, alergia y estornudos repetidas veces.

El mar se quedó conmigo. Fui entendiendo su dolor, su queja. Yo le dije a mamá que por favor, esa noche quería descansar a solas en mi cuarto. Entonces, el mar me contó tantas historias maravillosas como cuando era feliz. Me relató (todavía existen cosas bellas en su mundo) acerca de los inmensos jardines que se encuentran en su fondo y que sus flores variadas perfuman las cabelleras del agua. Me habló de la legión de los peces voladores que resguardan la entrada y la salida del señor arcoíris. Me habló del pueblo de las sirenas que cantan de noche y duermen de día sobre las olas. Me explicó cómo cientos de mujeres arrastran sus

colas de caballo y se pasean en el lomo de los caballitos de mar al amanecer.

Me comentó la historia de las estrellas de mar que desearon tanto ser estrellas del cielo que una tromba marina las lanzó hacia el espacio. A veces regresan de noche a beber agua. Me relató la historia del caballo de viento que relincha de día y de noche. Y, por último, la historia del hombre que amó tanto al mar, pero tanto, que murió de pena en la playa porque jamás pudo desentrañar la misteriosa profundidad.

A la mañana siguiente no fui a clases. Preferí acompañar al mar hasta su eterna morada. Le aconsejaría, le diría que no estaba solo en el mundo, le diría que una buena compañía en momentos difíciles es como un vaso de agua para un sediento. Y le volví a recordar que cuantas veces estuviera triste y solo, podría visitarme. El agradeció mi gesto de bondad y me dio algunas palmaditas de agua en la espalda. Fue entonces cuando con facilidad me convertí en un pez: un pececito moreno, que reía y saltaba con dos aletas en forma de pies.

Y salimos los dos por la ventana hacia la playa desierta. Me imagino que mamá se alarmó cuando entró y encontró el cuarto vacío: los zapatos del colegio en el rincón, el uniforme arreglado y doblado encima de la cama y el maletín abierto colgando de un clavo y la camiseta de la selección Colombia, a un lado. Lo cierto fue que en la habitación no quedó ninguna señal, ninguna mancha de agua.

Al rato, mamá se acodará en la ventana. Y se quedará allí, con la mirada puesta en el horizonte, esperando mi regreso esta misma tarde, sin ninguna desazón en su alma. Esperará hasta cuando yo regrese del mar sin el mar.





# EL ESQUELETO DE VISITA

Evelio José Rosero



A Martha Esperanza

Un día conocí un esqueleto, en el parque. Estaba sentado en un banco de piedra, rodeado de palomas blancas, y sonreía, pensativo. Me pareció muy raro encontrar un esqueleto en pleno parque, dando de comer a las palomas, y tan risueño y tranquilo como si se acordara de una broma, solitario, en mitad de la tarde. Yo trabajaba de cartero; ya había repartido las cartas del día, y me sentía algo aburrido. De manera que fui a sentarme a su lado, para distraer las horas. No demoramos en conversar. Me dijo que no tenía nombre. “Ningún esqueleto lo tiene”, dijo, y cuando el sol desapareció detrás de las nubes rojizas, se lamentó del frío. Sus dientes castañeteaban. Se puso de pie y me propuso que fuéramos a tomar una tacita de chocolate, en cualquier lugar. “Tranquilo —me dijo—. Yo invito”. Lo contemplé de soslayo: no vi que llevara bolsillos, ni mucho menos dinero. Pero eso no me importó. Al fin encontramos un restaurante que anunciaba: *Chocolate caliente a toda hora*. Al entrar, muchos comensales quedaron boquiabiertos. Algunas señoras gritaron; una de las meseras dejó caer una bandeja repleta de tazas; las tazas se volvieron trizas; varias rodajas de pan, queso y mantequilla quedaron esparcidas por el piso. “¿Qué pasa?”, pregunté,

abochornado, aunque ya adivinaba a qué se debía aquel alboroto. “¿Quién es ese?” me respondieron a coro, señalando a mi amigo.

“Perdón —dijo él—. Puedo presentarme solo. Soy un esqueleto. Tengan todos muy buenas tardes”.

“Oh —se asombró una señora, que llevaba un perrito faldero, de pelo amarillo, adornado con un collar de diamantes—. No puede ser. Un esqueleto que habla”.

“Pues sí —dijo mi amigo, encogiendo los omóplatos—. En realidad todos los esqueletos hablamos”. Avanzó parsimonioso, como si el equívoco hubiese quedado definitivamente esclarecido, y eligió una mesa, precisamente junto a la señora, y se sentó, con un gran ruido de huesos saludando. Después tuvo la ocurrencia de alargar los huesos de la mano y hacer juegos al perrito. Le dijo: “Qué lindo esqueleto de perro eres”. Y el perrito ladró, enfurecido, crispándose igual que un tigre. La señora se lo llevó al pecho, como si lo protegiera de la muerte. “Vaya —dijo mi amigo el esqueleto—, parece que su perrito no es de muy buen humor”. Su voz era opaca, profunda, pero amistosa. Hablaba como si ya nos conociera a todos, desde hace milenios; como la voz de un amigo; como si un amigo nos hablara por teléfono, desde muy lejos. La señora no se dignó responder. Se levantó de su silla y, atenazando al perrito con todas sus fuerzas, le dijo: “Vámonos, Muñeco, lejos de este comediante disfrazado de esqueleto”. El perrito volvió a ladrar, irritado, como si respondiera: “Larguémonos ya”. Pero mi amigo el esqueleto elevó la voz, honda y húmeda, y aclaró: “Señora, no soy ningún comediante. Soy sencillamente un esqueleto”.



El rostro de la señora, encendido y huraño como la cara de su perrito, se volvió y replicó: “¿De qué manicomio se ha escapado usted?”. Y después se esfumó, con todo y perrito. Muchos otros comensales siguieron su ejemplo.

Mi amigo el esqueleto se acongojó; resopló; resonaron sus huesos; se rascó el occipital y meneó la cabeza. Pude oír repicar la decepción en su huesudo rostro; los huesos de su mandíbula parecieron alargarse. Suspiró, como el múltiple chasquido de una maraca, y me invitó con un silbido a que tomara asiento junto a él. “En esta vida todo es tan sencillo —dijo—. Yo no sé por qué las gentes se complican”. No respondí. Hubo un silencio incómodo. “Bueno —le dije, procurando consolarlo—, es mejor que ese perrito se haya ido; pudo haberse aprovechado de los huesos de su mano”. El esqueleto sonrió con los dientes. “Pierda cuidado —dijo—, sé cuidarme solito”. Levantó el dedo índice y pidió a la rubia mesera dos tacitas de chocolate, por favor, sea amable. Y sin embargo la mesera nos susurró que tenía órdenes expresas de no atendernos, y que incluso el dueño del restaurante exigía que nos fuéramos inmediatamente.

“Pero si aquí hay chocolate a toda hora” dije.

“Sí —me respondió ella—. Pero no hay chocolate a toda hora para ustedes”.

“Lo suponía —terció mi amigo el esqueleto—. Siempre ocurre lo mismo: desde hace mil años no he logrado que me ofrezcan una sola tacita de chocolate”. Y nos incorporamos, para marcharnos.



Bueno, lo cierto es que yo me preguntaba cómo haría el esqueleto para beber su tacita de chocolate. ¿Acaso el chocolate no se escurriría por entre sus costillas desnudas? Pero preferí guardar ese misterio: me parecía indiscreto, fuera de tono, preguntar a mi amigo sobre eso. Le dije, por el contrario: “¿Por qué no vamos a mi casa? Lo invito a tomar chocolate”.

“Gracias —dijo, con una breve venia—. Una persona como usted no se encuentra fácilmente, ni en trescientos años”.

Y así nos pusimos en camino hasta mi casa, que no quedaba lejos.

(Ya dije que yo era cartero. Pero nunca había tenido la alegría de entregarme una carta yo mismo: nadie me escribía, ni me llamaba por teléfono. Mi único amigo era mi mujer, de manera que un amigo esqueleto resultaba algo desconocido para mí; disfrutaba de la idea de tener al esqueleto como amigo).

Durante el camino el esqueleto siguió lamentándose del frío.

—¿Por qué no usa un vestido? —le pregunté.

—Ojalá eso fuera posible —repuso con nostalgia—, pero ningún vestido me sirve. Ningún vestido tiene la talla de ningún esqueleto.

La gente detenía su paso para contemplarnos. Un niño, desde la ventanilla de un autobús, me señaló: “Mamá, ese hombre camina con un esqueleto”.

Me sentí algo cohibido. Nunca en mi vida había sido el centro de atracción. Pero mi amigo el esqueleto sí parecía acostumbrado.



—Notará usted que nos señalan —dijo—, no sé por qué les causo pavor si, en definitiva, cuando desaparecen las caras todos los esqueletos son iguales.

Es verdad, pensé, abrumado. Por dentro mi esqueleto no podría diferenciarse gran cosa de la facha de mi amigo: sonoro pero tranquilo, caminando serenamente por las calles, a la búsqueda de una tacita de chocolate.

Llegamos a casa cuando anocheecía.

Mi mujer abrió la puerta y pegó un alarido.

—Tranquila —dije—, es solamente nuestro amigo el esqueleto, de visita.

Mi amigo sonrió con la mejor de sus sonrisas. Los huesos de su boca parecieron sonajeros; hizo una gran venia, que a mí se me antojo desmesurada, cogió delicadamente con los huesos de sus dedos la mano de mi mujer y se dobló con gran estrépito de fémures y la besó con sus dientes desnudos. Tuve que inclinarme veloz para atrapar a mi mujer en el aire, pues se había desmayado. Ayudado por el esqueleto la cargamos hasta la cama. Le di a oler un frasquito de sales. Mi mujer se recuperó sin mucho esfuerzo, tembló, parpadeó, arrojó un tibio suspiro, abrió los ojos, vio al esqueleto y volvió a desmayarse. Yo iba a reñirla, por su falta de ánimo, cuando mi amigo puso una de sus frías manos en mi hombro y dijo, con su voz más profunda: “Tranquilo, eso le pasa siempre a las mujeres cuando les doy un beso en la mano. Perdóneme.

Creí que su mujer era tan amigable como usted”.

Salimos de la habitación y nos sentamos en la salita, a esperar que mi mujer despertara de nuevo.



Y, en efecto, poco más tarde oímos su voz. Hablaba por teléfono, con su madre.

—¡Mamá! —decía—. ¡Soñé que un esqueleto me besaba la mano!  
¡Sí! ¡Un esqueleto! ¡Fue horrible! ¡Peor que una pesadilla!

El esqueleto y yo cruzamos una mirada significativa, y luego lanzamos, al tiempo, la misma risita de cómplices: tremenda sorpresa iba a darse mi mujer cuando saliera y...

—¡Ay! —volvió a gritar ella, de pie, ante nosotros, pellizcándose las mejillas como si deseara comprobar si de verdad seguía despierta.

—Oye —le dije—. No te desmayes otra vez. Te repito que este es nuestro amigo el esqueleto y lo he traído a que se tome una tacita de chocolate; desde hace mil años nadie ha querido convidarlo a una tacita. Ven y te lo presento. Siéntate a nuestro lado.

Mi mujer me miró sin dar crédito. Pero después tragó saliva, respiró profundo, y se decidió: caminando en la punta de sus zapatos se acercó a nosotros, saludó nerviosamente al esqueleto y se sentó.

—Hace un buen tiempo, ¿cierto? —preguntó—. En ese preciso instante empezaba a llover; truenos y relámpagos se anudaban y estallaban relumbrando como azules cataratas contra el vidrio de las ventanas. Un frío de pánico nos estremeció.

“Sí, por cierto —dijo el esqueleto, condescendiente—. Hace un tiempo magnífico”. Y empezamos a charlar. Nuestro amigo resultó un gran conversador: desplegó un ingenio absolutamente encantador, su voz

era un eco acogedor, debía ser el esqueleto de un poeta, o algo así; mi mujer olvidó la desconfianza y se divirtió de lo lindo escuchando sus proezas, sus anécdotas de viaje, sus experiencias de esqueleto conocedor.

Pues conocía todos los países. Era, en realidad, un hombre de mundo, o, mejor, un esqueleto de mundo. Había participado en todas las guerras, discutió con Platón, cenó en compañía de Shakespeare, danzó con la reina Cleopatra, se emborrachó con Alejandro Magno, incluso viajó a la luna, de incógnito, en 1968, y además presencié el diluvio: fue uno de los pocos que se salvaron en el arca de Noé. Mi mujer soñaba oyéndolo, deslumbrada. “Es usted inigualable” dijo, con sinceridad. “Oh”, se complació el esqueleto (y yo diría que se ruborizó). “Gracias —dijo—, pero todos somos los mismos esqueletos. Mil gracias de todos modos”.

Yo le recordé a mi mujer que había invitado a nuestro amigo a un chocolate. Ella sonrió y prometió traernos el mejor chocolate con canela del mundo, mucho más delicioso que el que preparaba la reina Cleopatra. Y fue a la cocina.

Propuse mientras tanto a nuestro amigo que jugáramos un partido de ajedrez. “Oh sí —dijo—, no hace mucho jugué con Napoleón y lo vencí”. Y ya disponíamos las fichas sobre el tablero, contentos y sin prisa, en el calor de los cojines de la sala, y con la promesa alentadora de una tacita de chocolate, cuando vi que mi mujer me hacía una angustiada seña desde la cocina. Inventé una excusa cualquiera y fui donde ella.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Ella me explicó enfurruñada que no había chocolate en la alacena. “Esta mañana se acabaron las dos últimas pastillas —me susurró—, ¿no te



acuerdas?”. Yo ya iba a responder cuando, detrás nuestro, sentimos la fría, pero amigable presencia del esqueleto. “No se preocupen por mí —dijo, preocupadísimo, y se rascó los huesos de la cabeza—. No me digan. Sé muy bien lo que sucede. No hay chocolate. Y ninguno de ustedes tiene un centavo para comprar tres pastillas de chocolate, una por cada taza. No me digan”.

Mi mujer y yo enrojecimos como tomates. Era cierto. En ese momento ninguno de los dos tenía un solo peso.

—Ya es costumbre para mí —dijo el esqueleto—. Esta es una época difícil para el mundo. Pero no se preocupen, por favor. Además, debo irme. Acabo de recordar que hoy tengo la oportunidad de viajar a la Argentina, y debo acudir. Ustedes perdonen. Fueron muy formales. Muy gentiles.

Su voz era cálida, aunque cada vez más distante, una especie de voz en el agua; como si su voz empezara a desaparecer primero que sus huesos. Y nos lanzó la mejor de sus sonrisas y se dirigió a la puerta y regresó y volvió a despedirse y de nuevo se dispuso a marchar a la puerta —en medio de otra sonora sonrisa—, de modo que sus huesos como campanas iban de un lado para otro, indecisos, igual que su despedida. A pesar de su alborozo aparente, a mí me pareció un poco triste; acaso estaba cansado de caminar por el mundo desde hace mil años, sin que nadie lograra facilitarle al fin una tacita de chocolate.

Nos dijo, antes de retirarse definitivamente, que esa misma noche viajaría de incógnito, en un circo, a la Argentina. “Me gustan los circos —dijo—. Prefiero viajar en los circos, puedo pasar inadvertido, muchas veces me confunden con payaso, lo que me hace reír”.



Nos hizo una graciosa venia de poeta, y esta vez mi mujer se dejó besar la mano sin desmayarse. En la noche, borrascosa y fría, vimos a nuestro amigo desaparecer, lentamente, como su voz, iluminado a pedazos por las bombillas nocturnas. Entonces oímos un grito. Era una mujer, una vecina, que acababa de descubrir al esqueleto en la mitad de un ramalazo de luz.

La vimos pasar corriendo, como alma en pena.

—¡Un esqueleto! —nos gritó aterrada—. ¡He visto un esqueleto!

—Quédese tranquila —repuso mi mujer—. Ese esqueleto es todo un príncipe. Acaba de visitarnos. Se va en un circo a la Argentina.

Después, ya a solas, pensamos que hubiera sido bueno decir a nuestro amigo que volviera cualquier día, cuando quisiera, y que siempre sería bienvenido. Pero ya el esqueleto había desaparecido. De cualquier manera, si en las noches de tormenta golpean a la puerta, mi mujer y yo guardamos la esperanza de que sea nuestro amigo. Pues desde entonces le tenemos una tacita de chocolate, para el frío.







# LA CIUDAD DEL DRAGÓN

Celso Román

“Dura cien años el sueño de un dragón”.

Elías Hoisoí

Situada a orillas del mar, la imponente ciudad reposa sobre el espinazo de un dragón dormido.

Hijo de un volcán, el enormísimo monstruo nació afiebrado y sediento hace millones de años.

Caminaba en medio de su propio fuego y dejaba tras de sí el paisaje arado por su rastro de incendios, ceniza y piedra pómez.

Cansado, llegó por fin al mar, se acurrucó y metió las poderosas garras y las ansiosas fauces entre el agua fresca de las espumosas olas. Se arrellanó en la arena y se quedó dormido en medio de una nube de vapor y de azufre.

Después llegó la gente.

Los primitivos habitantes, los que lo vieron llegar y conocieron su fuerza y sus rugidos de piedras encendidas, levantaron un templo sobre la cabeza de la fiera dormida.



El altar principal fue instalado en medio de la depresión, *grande como un lago seco*, a mitad de camino de los altivos bosques de las cejas, arriba de las colinas redondeadas de los párpados permanentemente cerrados.

El templo reproduce de manera infinita la forma del dragón: la fiera está en celosías y lámparas, en biombos y candelabros, en los herrajes de puertas y ventanas.

En todos los detalles, desde los amplios cimientos de piedra ciclópea hasta las tejas barnizadas de oro, se repiten las brillantes escamas, la erizada y contorsionada cola, las aterradoras mandíbulas, abiertas para que salga el fuego. Millones de veces vuelan inmóviles las extendidas alas de murciélago y amenazan las destructoras garras de tigre.

La majestuosidad del templo compendia el miedo de los seres humanos, el oro de su filigrana refleja la luz del atardecer en la bahía impidiéndole despertar y las oraciones mantienen el sueño de la bestia.

Mucho antes de colocar la última teja y encender la primera lámpara, la larga sombra del templo al atardecer ya se había poblado de palacios y tugurios

Con el hormigueo de la construcción llegaron los comerciantes y sus almacenes, las casas de diversión, los garitos y los casinos.

Con el delito llegaron los juzgados y las cárceles, los cuarteles con sus armerillos y guarniciones, para mantener a raya la escoria de aventureros y buscafortunas que se asentaron en los tugurios surgidos alrededor del templo.

En torno al lugar sagrado creció la ciudad humana, impura y descreída. En los costillares monumentales del dragón se aferraron los barrios

residenciales, con casas de mucha luz, grandes ventanales, amplios jardines e innumerables sirvientes.

En los intersticios entre escama y escama los ciudadanos plantaron árboles frondosos y altivas palmeras bajo cuya sombra discurre, despreocupada, la vida. Hermosas mujeres de largos cabellos y amplia sonrisa caminan al atardecer acariciadas por la brisa y la mirada de los extranjeros.

La ciudad parece feliz. Despreocupada, dejó para la leyenda y el mito la historia del dragón inmovilizado por el antiguo y enorme templo. La gente ya no cree que unas tejas de oro, al reflejar el sol, le impidan despertar. Sin embargo, se asustan cuando de vez en cuando el dragón se agita.

La fiera dormida sacude el cuello como para deshacerse de una cadena, o abre de repente una garra como si la hincara en una víctima. A veces suspira profundo, aspira el olor amado del mar y los enormes costillares se dilatan. La ciudad siente el temblor, el remezón de varios grados en la escala de Richter, *que mide los terremotos, pero ni los predice ni los evita.*

El miedo paraliza la ciudad, se desquicia el orden de la vida cotidiana, se agitan los ramajes y los penachos de las palmeras en las avenidas. Caen algunas casas, se rajan unos muros, perecen varios ciudadanos —dicen las noticias—, hay caras largas.

La ciudad llora, acude en masa al templo, recuerda arrepentida la religión y la leyenda. Los fieles se hincan de rodillas, contritos presentan ofrendas, piden clemencia para no ser aplastados por los avatares de estos aciagos tiempos. Buscan el perdón de los dioses tutelares, únicos capaces de mantener templada la trailla del dragón.

Pero una vez restañadas las heridas y olvidados los muertos, la ciudad vuelve a parecer despreocupada y ligera, desentendida de su pasado y feliz de su presente.

Solo cuidan la lumbre del templo unos pocos ancianos, taciturnos sacerdotes. Solo ellos brillan los retorcidos dragones de bronce que reptan inmóviles en las aldabas, a lo largo de las columnas y en todos los herrajes del lugar sagrado.

Pero cada vez hay menos monjes. Se habla de la crisis de las vocaciones y del aumento de las telarañas y los ratones. Cada vez son más frecuentes las incursiones de los ladrones de reliquias que ingresan furtivos al amparo de la noche.

*Cada vez hay menos tejas con filigrana de oro para devolver a la bahía el brillo del sol al atardecer.*

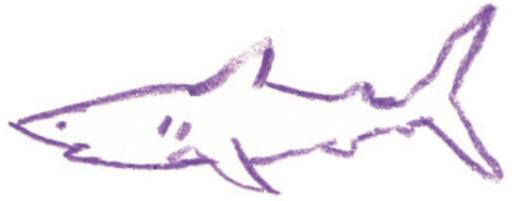
¿Qué suerte puede correr esta ciudad hoy, cuando el templo ha amanecido solitario, desgonzadas sus puertas, saqueado, abandonado al murmullo de árboles y palmeras que agitan su cabellera ante la proximidad del terremoto?

El dragón abre los ojos.









# HISTORIA DE LA NIÑA QUE QUERÍA TENER SU PROPIO MAR

Leopoldo Berdella de la Espriella

“Primero estaba el mar...”.

Mitología Kogui  
A Jorge Raúl Garzón Tello

Triste, acongojada, la niña le había dicho varias veces a su padre que quería tener su propio mar.

—Te llevaré de nuevo un día de estos a la playa —le decía su padre, tratando de consolarla.

—¡No! —replicaba ella furiosa—. ¡Yo quiero que me traigas el mar hasta aquí! ¡Quiero tener un lindo mar para mí sola, en el jardín de la casa!

El hombre no sabía qué hacer. Por mucho que pensaba y pensaba, no encontraba la manera de explicarle a su hija que el mar no tiene dueños, y menos la idea de traerle uno para ella sola. “Se regala una flor, un mango de corazón, un banano o una sarta de huevos de iguana..., pero ¿un mar? ¡Eso es imposible!”, pensaba.



Una tarde, un azulejo lo vio cabizbajo, sentado sobre un tronco. A cada momento se llevaba las manos a la cabeza y dejaba escapar una que otra queja en voz alta.

Lloraba.

Curioso, el azulejo se le acercó.

—¿Por qué tan triste? —le preguntó, posándose en las ramas más bajas de un arbusto cercano.

—Mi hijita Irene quiere un mar para ella sola —contestó el hombre, desconcertado.

—¿Es eso todo? —inquirió el azulejo.

—Todo... —musitó el hombre metiendo la cabeza entre las manos—. ¡Pero yo no sé cómo traerle un mar hasta aquí!

—¡Espérame un momento! — le ordenó el azulejo—. ¡Trataré de conseguir a alguien que quiera traerle un mar a tu hija!

Y se fue.

Al rato, el hombre oyó un intenso aleteo, miró hacia el cielo y vio al azulejo y a tres gaviotas bajar hasta el arbusto.

—Te traemos el mar que deseas para tu hija —dijo una de las gaviotas—; Azulejo nos contó de tu pena y del deseo de ella de tener su propio mar, y hemos decidido complacerla —agregó.

—¿Mar? —exclamó el hombre, decepcionado—. ¡Pero si eso no es un mar! ¡Es un simple caracol...!

—Escucha... —le profirió una gaviota blanca de copete negro que había permanecido silenciosa—. ¡Aquí está el mar! ¿Lo oyes? —Y le extendió el caracol.

Incrédulo, el hombre tomó el caracol y lo acercó a su oído.

—Sí, lo oigo —respondió—. Pero mi hija no lo quiere allí, dentro de un caracol. Lo quiere en su jardín, para bañarse en sus aguas, para corretear en sus arenas blancas.

—¡Tu hija es muy exigente! —chilló la gaviota más joven—. ¿Sí lo merecerá?

Y voló hacia un cámbulo florecido. Las otras gaviotas y el azulejo la siguieron.

Un buen rato duraron cavilando.

—¡Es una niña muy exigente! —insistió la gaviota más joven.

—Todos los niños lo son —aclaró la del copete negro—. Pensemos en una solución...

—¡Ya...! ¡Ya...! ¡La tengo...! —graznó la más veterana de las gaviotas—, su hija...

—¡Irene...! —exclamó el azulejo, frotándose las alas.

—... su hija Irene tendrá su propio mar, porque así lo ha deseado.

Y volvieron donde el hombre.

—Tu hija tendrá un mar —dijo la más veterana de las gaviotas—. Pero habrá una condición.



—¿Cuál? —preguntó el hombre.

—Tendrá que, con los días, empezarlo a compartir con todas las aves del contorno.

—Lo hará —aseguró el hombre, radiante—. Y no solo con las aves, sino también con los insectos y las plantas. ¡Y con sus vecinos!

—Bien —dijo la más veterana de las gaviotas—. Toma el caracol que te hemos dado, llévalo a tu casa, y siébralo en el jardín.

—¿Sembrarlo en el jardín? —objetó el hombre, confundido.

—¡Claro! —insistió la gaviota—. ¿Acaso no hay que sembrar para recoger?

Y levantó el vuelo, las otras dos y el azulejo levantaron también el vuelo, siguiéndola de cerca.

Desconcertado, el hombre se llevó el caracol para su casa. Pero una vez allá, comenzó a dudar. No sabía si colocarlo de adorno en su mesita de noche, si usarlo para que las puertas no se cerraran de golpe, o sembrarlo en el jardín, conforme se lo había aconsejado la gaviota. “Sembrarlo en el jardín?”, pensaba: “Nunca había escuchado tanta necedad...”.

—¡Yo quiero un mar! ¡Yo quiero un mar! —gritaba su hija, inconsolable.

—Lo sembraré en el jardín —decidió el hombre—, al fin y al cabo, nada se pierde con probar.

Y lo sembró en todo el centro del jardín, marcando el sitio de siembra con una estaca.

Pasaban los días, y la tristeza de Irene aumentaba. A pesar de sus exigencias, su padre guardaba silencio. A veces se le veía intranquilo, sobre todo cuando por las tardes se dirigía al jardín.

Una noche, un ruido extraño despertó al hombre. Rápidamente se dirigió al jardín. El ruido lo ocasionaba un topo que, escarbando, había dado con el caracol, y se disponía a hacerlo trizas.

—¡Ea! ¡Deja eso ahí! ¡Es mío! —le gritó el hombre, visiblemente alterado.

Asustado, el topo se alejó por entre los matorrales, dejando el caracol al lado de un rosal, de donde el hombre lo rescató para volverlo a sembrar.

—Esta vez lo sembraré bien hondo —dijo el hombre.

Y lo sembró.



Otro día, fueron las hormigas. Presurosas, llevaban el caracol en andas, buscando la manera de meterlo en uno de los tantos agujeros que tenían en el jardín.

—¡Váyanse a otro lado! —les ordenó el hombre arrebatándoles el caracol—. ¡Conténtense con las hojitas y los tallos tiernos!

Desde entonces, decidió montar vigilancia en el jardín, sobre todo en las noches, que era cuando más peligro corría el caracol de desaparecer.

Pero nada sucedía en el jardín. Salvo el desplazarse sigiloso de una ardilla, el vuelo de una torcaza, el canto de las cigarras al atardecer o el ruido imperceptible de una flor abriéndose a la vida, nada extraordinario sucedía en el jardín. Aquella siempre parecía condenada al fracaso.

Una mañana, cuando ya Irene había perdido las esperanzas de tener su propio mar, un aleteo intenso la despertó bien temprano. La niña saltó de la cama, se frotó los ojos y se encontró con que tres bellas gaviotas —una de ellas con un copete negro— se habían posado suavemente en el alféizar de su ventana. Una brisa ligera movía las cortinas y llenaba la estancia de un olor a trópico.

—¡Levántate, Irene! —le ordenaron las gaviotas en coro—. ¡El mar que deseabas ya está aquí!

—¿El mar...? —preguntó la niña intrigada.

—¡Sí! ¡El mar! —respondieron en coro las gaviotas—. ¿Acaso no lo pedías? ¿No querías tener un mar para ti sola, en el jardín de su casa?

Irene no pudo responder. Emocionada, se dirigió al jardín. ¡Todo su jardín se había convertido en un inmenso oleaje azul, con palmeras y arenas blancas, alcatraces, cangrejos y corales, y, a lo lejos, la vela blanca de un barquillo se recortaba contra el cielo!

¡Allí estaba el mar, su mar!

Presurosa, la niña corrió a la habitación de su padre, que dormía profundamente en su catre, después de otra noche de vela en el jardín.

—¡Padre! ¡Padre! —llamó—. ¡El mar! ¡El mar! ¡Por fin tengo un mar para mi sola, en el jardín de la casa!

Y con una alegría que le salía por todo el cuerpo, agradeció a su atónito padre el que le hubiese permitido tener su propio mar, allí mismo, en el jardín de su casa.

—¡Tendrás que compartirlo con las aves del contorno, los insectos, las plantas y tus vecinos! —alcanzó a decirle el hombre.

Irene ya no oía. Descalza, con el cabello suelto, corría por la tibia arena detrás de un cangrejo ermitaño que presuroso, volvía a su guardia en el brote rojizo de un hermoso coral.







**Autor****Martiniano Acosta**

(1952)

Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico y con especialización en Metodología del Español y la Literatura en el convenio con la Universidad de Pamplona, España, y la Universidad del Magdalena. Fundador de los talleres literarios "José Martí" y "Álvaro Cepeda Samudio" de Santa Marta, Magdalena. Ha escrito cuentos y poesía por los que ha recibido varios premios.

**Autora****Yolanda Reyes**

(1959)

Nacida en Bucaramanga, Santander. Escritora, periodista y educadora. Estudió Licenciatura en Ciencias de la Educación en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá e hizo estudios de Lengua y Literatura en el Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid, España. Fundadora y directora de Espantapájaros Taller y editora de la colección Nidos para la Lectura en la editorial Alfaguara. Escribe artículos para de las revistas Cambio, Soho, Cromos y es columnista de El Tiempo.

**Autor****Evelio José Rosero**

(1958)

Escritor y periodista, nacido en Bogotá. Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Externado de Colombia. Empezó su carrera literaria publicando cuentos en Lecturas Dominicales de El Tiempo y en el Magazín Dominical de El Espectador. Vivió en París y Barcelona. Ha publicado innumerables novelas entre las que se destacan Los ejércitos, ganadora del Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura.

**Autor****Leopoldo Berdella de la Espriella**

(1951-1988)

Nació en Cereté, Córdoba. Escritor y periodista, licenciado en Filosofía e Idiomas. Especialista en literatura infantil. Director del taller literario de la Universidad Libre de Cali y catedrático universitario. Premio Nacional de Literatura Infantil Enka de Colombia en 1983 por Juan Sábalo. Ganador del II Concurso Departamental de Cuento de Córdoba 1975. Miembro fundador del grupo literario El Túnel en Montería.



**Autor****Celso Román**

(1947)

Poeta, escritor y médico veterinario. Combina sus labores como escritor y escultor con la docencia. Profesor de Bellas Artes en las universidades Pedagógica Nacional, Jorge Tadeo Lozano y Nacional de Colombia. Ha escrito para niños innumerables libros de cuentos y novelas. Ha sido galardonado con varias distinciones entre las cuales se destaca el Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Norma-Fundalectura por *El Imperio de las cinco lunas*.

**Ilustrador****Santiago Guevara**

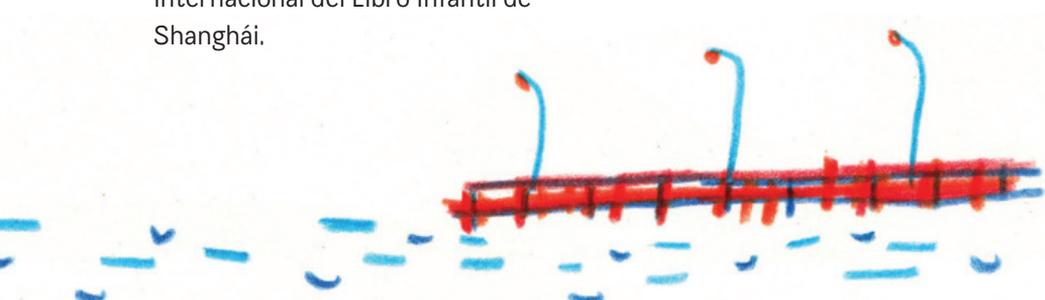
(1990)

Nació en Sogamoso. Su obra fue seleccionada en la lista de White Ravens y catalogada entre los mejores libros para niños y jóvenes del Banco del Libro de Venezuela. Expuso en la 29ª Bienal de Ilustración de Bratislava, la Muestra de internacional de ilustración de la 60ª Feria del Libro Infantil y Juvenil de Bolonia y la Golden Pinwheel Illustration Exhibition en la 10ª Feria Internacional del Libro Infantil de Shanghái.

**Selección****Beatriz Helena Robledo**

(1958)

Escritora, investigadora y promotora de lectura. Maestra en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Javeriana de Bogotá. Se ha dedicado a la investigación en literatura infantil y juvenil y en procesos de formación lectora. Fue subdirectora de la Biblioteca Nacional de Colombia y de Lectura, Escritura y Bibliotecas del Cerlalc. Ha escrito varios libros de ficción, biografías, guías para docentes y libros de investigación. Actualmente es consultora del proyecto Esferas Culturales en Monterrey, México, y dirige el Consultorio Lector, programa de atención personalizada en las áreas de lectura, escritura y literatura.





Descubrimos la realidad a través de los cuentos,  
mitos y leyendas. Leerlos, contarlos y escucharlos  
es entrar en la magia de los mundos posibles.

En este libro se utilizaron  
las fuentes Orca Sans, creada por el estudio  
colombiano BastardaType, y Freight Text Pro,  
creada por el diseñador afroamericano Joshua Darden.  
Se terminó de imprimir en los talleres de  
la Imprenta Nacional de Colombia  
en enero de 2024.

Conoce más sobre la serie

